

EL SERVICIO JESUITA A REFUGIADOS: UNA VISION

El servicio Jesuita a Refugiados nació hace cinco años de una visión del padre Pedro Arrupe, comunicada a la Compañía como uno de sus últimos legados como general de los jesuitas. Fue una visión doble: vio la necesidad de millones de gentes desarraigadas por el mundo de comida, cobijo, justicia y de apoyo humano; también vio la preciosa contribución que ofrecían dichas personas a un mundo corrompido cuyos ídolos prevalentes son la riqueza, el privilegio y el poder. Por esto, desafió a sus compañeros jesuitas a que tomaran un nuevo apostolado "de gran importancia para hoy y el futuro y también de mucho beneficio espiritual para la Compañía."

Cinco años más tarde; los representantes del servicio Jesuita a Refugiados, reunidos en Chiang Mai en Tailandia, estamos más convencidos que nunca de lo acertado de la visión del padre Arrupe. Ha sido confirmada oficialmente por nuestra última congregación general como un medio importante para implementar la opción preferencial por los pobres hecha por la Compañía. También ha recibido un apoyo claro y fuerte de nuestro nuevo general, el padre Peter Hans Kolvenbach. Sin embargo, ha sido más nuestra propia experiencia, la experiencia compartida por aquellos de nosotros que hemos tenido el privilegio de vivir y trabajar entre los refugiados y desplazados, la prueba indudable de que dicha visión vino realmente del Espíritu Santo.

El servicio Jesuita a Refugiados todavía es una iniciativa modesta, incluso en terminos de la Compañía. No puede y no desea competir con las grandes agencias internacionales ni con otros grupos que han estado en este campo por más tiempo que nosotros. Sin embargo, pretende poner una dimensión específica en su trabajo que a veces hace falta en otras partes. Si bien siempre estamos en la disposición de ayudar a los refugiados en sus necesidades materiales y espirituales, y también de diseñar proyectos que les permitan una vida más plena e independiente, tratamos de poner un énfasis especial en **estar con** más

que en **hacer por**. Queremos estar presentes entre los refugiados compartiendo con ellos, acompañándolos, recorriendo juntos el mismo camino. En la medida de lo posible, queremos sentir lo que ellos han sentido, sufrir como ellos, compartir las mismas esperanzas y aspiraciones, ver el mundo a través de sus ojos. Nos gustaría que pudiéramos llegar a ser uno con los refugiados y desplazados para que, todos juntos, podamos comenzar la búsqueda de una vida nueva.

Este intento de identificación con los pobres y rechazados, aunque vacilante e imperfecto, nos ha traído incontables bendiciones. Porque por su misma pobreza nos enseñan a volvernos desprendidos de nuestras posesiones materiales y de nosotros mismos. Su inseguridad y su incertidumbre en el futuro nos enseñan a no apoyarnos meramente en nosotros mismos o en la planificación humana. Sus valores culturales y su dignidad simplemente como seres humanos nos recuerdan que el valor de una persona está determinado por lo que es más que por lo que tiene. Su apertura y generosidad a menudo nos desafían a compartir con ellos y con otros lo que somos y tenemos. Su felicidad y su risa en medio de la adversidad nos ayudan a comprender mejor el verdadero significado del sufrimiento. Su profunda fe y su inquebrantable esperanza nos llevan a redescubrir estos valores espirituales en nuestras propias vidas. En una palabra, hemos encontrado de nuevo a Cristo en las caras y en las vidas de esta gente abandonada, un Cristo que está invitándonos y llamándonos a seguirlo.

Creemos que esta llamada no es sólo para nosotros. Los refugiados también están hablándole a nuestra Compañía, a la Iglesia, y a todos los hombres y mujeres de buena voluntad. Nos están llamando a los jesuitas a aquellas disposiciones de flexibilidad y disponibilidad apostólica esenciales en el deseo de San Ignacio para servir a Dios de cualquier forma y en cualquier parte que conduzca a su mayor gloria y a la salvación de las almas. Guárdense, nos están diciendo, de la inamovilidad, de instituciones fijas, de patrones de comportamiento asentados y de modos de operación que atan al Espíritu: sean audaces, aventureros, puesto que para ganarlo todo se debe de estar dispuesto a perderlo todo, como lo hemos hecho nosotros.

Para la Iglesia, los refugiados son un constante recuerdo de

que el pueblo de Dios es un pueblo esencialmente peregrino, nunca instalado, siempre en movimiento, siempre buscando, siempre yendo más allá. Debemos ser una Iglesia de misión, no de conservación, cuya tarea es siempre cuestionar las actitudes y las estructuras predominantes, especialmente aquellas que discriminan a los pobres y oprimidos. Y para muchas iglesias locales, la presencia de los refugiados es una invitación constante a abrir sus puertas a los extranjeros, a poner en práctica el mandamiento cristiano de amar al prójimo. Haciéndolo, enriquecen sus propias vidas como comunidad y construyen una iglesia mejor.

Y para un mundo atrapado en una destructiva lucha de poder basada, en última instancia, en la determinación de las naciones ricas y de las élites privilegiadas a aferrarse a lo que tienen por medio del mantenimiento de estructuras injustas que garantizan su riqueza y sus privilegios, los refugiados y desplazados que este mismo mundo ha rechazado ofrecen un testimonio viviente de una contra civilización, de una cultura construida conforme a valores alternativos. Previenen en contra de la idolatría de "la buena vida" en una sociedad consumista regulada por la ley de la ganancia que inevitablemente conduce a la explotación y degradación de muchos. Igualmente previenen en contra de los peligros corrosivos del Estado de seguridad nacional cuyas medidas cada vez más represivas resultan necesarias para preservar un orden económico en que los pobres, se trate de naciones o clases dentro de ellas, se vuelven constantemente más pobres en beneficio de los pocos ricos y poderosos.

Voluntariamente o no, los refugiados han sido forzados fuera de este mundo injusto, rechazados por él. Al mismo tiempo se les ha ofrecido la oportunidad de rechazar por su turno sus falsos valores. Millones de hombres, mujeres y niños, refugiados y desplazados a lo largo del mundo, han tomado esta opción. Nos están invitando a unirnos a ellos en la lucha por construir un futuro mejor en donde la justicia, la simplicidad, la fraternidad y el amor serán los valores determinantes de la nueva sociedad. Que nosotros, los jesuitas, cristianos y todos los hombres y mujeres de buena voluntad, no seamos sordos a su llamado.

The Seven Fountains,
21 de noviembre, 1985.

Chiang Mai,
Tailandia,